

ANYA SETON

# Dragonwyck

Libros de  
*seda*

Desde el tiempo de mi niñez, no he sido  
como otros eran, no he visto  
como otros veían, no pude sacar  
mis pasiones desde una común primavera.

No he tomado mi pena de la misma fuente;  
no se despertaría mi corazón a la alegría  
con el mismo tono;  
y todo lo que quise, lo quise solo.

Entonces, en mi niñez, en el amanecer  
de una muy tempestuosa vida, se sacó  
desde cada profundidad de lo bueno y lo malo  
el misterio que todavía me ata:  
desde el torrente o la fuente,  
desde el rojo peñasco de la montaña,  
desde el sol que alrededor de mí giraba  
en su otoño teñido de oro,  
desde el rayo en el cielo  
que pasaba junto a mí volando,  
desde el trueno y la tormenta,  
y la nube que tomó la forma  
(cuando el resto del cielo era azul)  
de un demonio ante mi vista.

*Solo*, de Edgar Allan Poe

## Nota de la autora

La idea de esta novela surgió a partir de una noticia publicada en 1849 en el diario *New York Herald*, aunque los personajes principales son producto de mi imaginación. El contexto histórico, que incluye los últimos coletazos del señorío territorial, los enfrentamientos contra el pago de rentas a los terratenientes, la masacre de Astor Place y el desarrollo de los barcos de vapor como sistema de transporte, se basa en hechos reales, y he procurado presentarlo de una forma verídica, fiel a la realidad que se vivió en las fechas y lugares en los que tiene lugar el relato.

En los alrededores del río Hudson, la vida se desarrollaba tal como se describe en estas páginas, de hecho existía un lugar que presentaba ciertas semejanzas con la mansión que en la novela se llama Dragonwyck. La magnificencia neogótica, con todas sus oscuras e inquietantes manifestaciones, no quedaba limitada en aquella época a los castillos británicos ni a las haciendas sureñas.

Quiero aprovechar estas líneas para agradecer la paciencia y disponibilidad de los documentalistas de la Biblioteca de Greenwich y a todas las personas de Hudson, Albany, Kinderhook, Cornwall y demás pueblos a lo largo del río, por su amabilidad y ayuda durante mis investigaciones.

Estoy especialmente en deuda con el señor Carl Carmel, no solo por su libro *The Hudson*, que ha supuesto para mí un apoyo inestimable, sino también por su implicación e interés personal en el proyecto.

# Capítulo 1

La carta de Dragonwyck llegó una tarde de mayo de 1844.

Uno de los chicos de la familia Mead la vio en la oficina de correos de Horseneck y, muy juiciosamente, se la llevó, siguiendo su camino habitual de regreso por la calle Stanwick, y la entregó en la granja Wells, que estaba a unos cinco kilómetros de distancia.

Cuando llegó la carta, Miranda no estaba haciendo —lamentablemente era ya una costumbre— ninguna de las tareas que debía realizar entre las dos y las tres.

No estaba en la casita junto al arroyo batiendo mantequilla ni cuidando la hierba del jardín y las plantas, ni siquiera echaba un vistazo de vez en cuando a Charity, la niña, que se había librado de la manta de una patada y mordisqueaba con deleite una brizna de hierba, encantada con aquel inesperado momento de libertad.

La joven se había escondido detrás del muro de piedra del pequeño cementerio familiar, cerca del campo de manzanos, el lugar más alejado de la casa dentro de los confines de la granja. Era su escondite favorito. Las siete tumbas, con las correspondientes lápidas grabadas, pertenecientes a la familia de su padre, no eran más que la morada de unos tranquilos y, por supuesto, silenciosos amigos. Incluso la pequeña lápida bajo el olmo gigante no tenía para ella nada de trágico, pese a las palabras grabadas: «Daniel Wells, hijo de Ephraim y Abigail Wells, fallecido el día 7 de abril de 1836 a la edad de un año», y al hecho de que se trataba de su hermano pequeño. Cuando ocurrió, Miranda tenía diez años, y en estos momentos solo se trataba de un recuerdo que la conmovía ligeramente.

Estaba acurrucada contra la pared, con la falda de color rojo cangrejo arrebujaada por encima de las rodillas, lo que no era muy habitual. Una enorme oruga verde se deslizaba por el corpiño del vestido. La cálida brisa

de mayo, con su aroma a flores de manzano y a tréboles del campo cercano, hizo que el pelo le cayera sobre los ojos. Con cierta impaciencia, se apartó el mechón con una mano, con la otra seguía sosteniendo la novela *La bella adúltera*, devoraba con entusiasmo aquellas fascinantes páginas.

Las aventuras de la bella adúltera eran tan absorbentes que tampoco dejó de leer cuando una racha de viento más fuerte hizo que el sombrero de ala ancha que protegía su blanquecina piel del sol saliera volando y, pese a que la luz la alcanzó de lleno, pasando a través de las ramas del olmo, no se detuvo para volver a ponérselo. Para envidia de sus amigas, su piel era clara, muy blanca, también en parte gracias al tedioso tratamiento con crema de mantequilla y emplastos de pepino que a veces se aplicaba.

La novela en cuestión, *La bella adúltera*, se la había prestado Phoebe Mead, y tenía que devolvérsela antes de que cayera la noche, para que, a su vez, Phoebe pudiera devolvérsela a Deborah Wilson, quien la había hurtado de las alforjas de su hermano.

Pese a que Miranda tenía dieciocho años y había recibido una esmerada educación en la Academia para Señoritas de Philander Button, en Greenwich, y a pesar de la avidez con la que leía este libro y otros similares, seguía sin tener la más mínima idea de cuáles eran las circunstancias o las razones que podían llevar a una mujer a convertirse en una adúltera. De todas formas, en aquellos momentos eso no le importaba en absoluto. Lo que le importaba de verdad era la palpitante historia de amor que se describía en la novela. Héroes melancólicos, lánguidas heroínas, fantasmas que hacían un rechinante ruido al desplazarse, lúgubres castillos y luces sobrenaturales; y todo ello salpicado de vez en cuando por un beso tierno, consentido o robado, pero jamás culpable.

No escuchó la primera llamada de su madre. Solo se dio cuenta cuando el grito inicial «¡Ranny...!»». Se convirtió en una exclamación mucho más vibrante y cercana al enfado: «¡Miranda! ¿Dónde te has metido, por el amor del Cielo?». En ese momento, se sobresaltó, la chica dio un brinco. Escondió el libro entre dos piedras de la irregular pared y se apresuró a responder.

—¡Ya voy, madre!

Se sacudió del vestido, lo más deprisa que pudo, las briznas de hierba y las flores de manzano y se recolocó la malla negra que durante las horas de trabajo envolvía sus cabellos suaves y rizados, que, al sol, eran tan dorados como los ranúnculos que salpicaban el cercano prado.

También recogió a Charity.

—¡Vaya, pequeña, estás mojada otra vez! —exclamó con tono de reproche.

La niña se incorporó y soltó un gritito de angustia. Pese a que solo tenía un año, ya llevaba bastante mal que la riñeran.

Miranda se rió y le dio un beso en el cuello, que era muy suave y agradable al tacto.

—No te sulfures, chiquitina, que tu hermana mayor no está enfadada, aunque lo parezca. —No obstante, se le escapó un suspiro al repasar mentalmente todas las tareas que aún le quedaban por hacer antes de que anocheciera.

Le esperaba una montaña interminable de pañales que había que lavar y secar al sol, mucha mantequilla por batir y, lo peor de todo, un pollo que sacrificar, desplumar y desangrar para la cena de mañana, domingo. Miranda aborrecía esta tarea por encima de todas las demás. Le ponía enferma la simple visión de la sangre. Y aunque a su hermana y a sus hermanos les divertía mucho decapitar a las aves, como si fuera una especie de travesura consentida, Miranda siempre sentía náuseas al hacerlo. Tampoco le gustaba nada tener que meter la mano dentro para arrancar las viscosas entrañas.

Generalmente se pasaba más de diez minutos lavándose las manos y restregándose a conciencia los dedos, largos y delgados, tras realizar semejante actividad, algo que su padre, Ephraim, había observado con desaprobación una vez que la sorprendió haciéndolo.

—¡Eres una jovencita muy melindrosa, Ranny! —gruñó dirigiéndose a ella, además de fruncir el ceño hasta casi juntar las pobladas cejas—. El Señor, en su inmensa misericordia, nos ha concedido alimento abundante y pierde la paciencia con aquellos que se creen demasiado delicados como para mancharse las manos preparándola.

Ephraim siempre sabía qué era lo que nuestro Señor pensaba acerca de nosotros y de nuestros comportamientos, tanto o incluso más que el propio reverendo Coe.

Miranda dio por hecho que la llamada de su madre tenía que ver con el sacrificio del pollo y se dirigió hacia la casa despacio, cambiándose el peso de la niña de un brazo a otro y evitando mirar la zona vallada en la que la inocente víctima picoteaba el suelo, feliz e ignorante de su terrible destino.

Mientras caminaba distraídamente, se dio cuenta de que ya no había nadie en el campo de patatas del norte de la finca, lo que quería decir que su padre y sus tres hermanos habían terminado de trabajar allí antes de

lo previsto, seguramente estarían ya en el campo más grande, en el del arroyo Strickland. También se dio cuenta de que veía con más nitidez de la habitual el azul lejano y serpenteante del Sound, divisaba en el horizonte la arbolada línea púrpura de Long Island; esa claridad solía significar lluvia. Pero no se fijó en la apabullante belleza del paisaje campestre de Connecticut, con sus prados floridos, el campo verde oscuro y los olmos retorcidos recortándose contra el horizonte. La finca, la granja y la casa de seis habitaciones habían sido su hogar durante toda su vida, nunca se había alejado de él más de veinte kilómetros.

Cuando entró en la oscura cocina observó con alivio que en el delgado y todavía atractivo rostro de su madre no había enfado por la tardanza, ni siquiera fruncía los labios, gesto con el que metía prisa a sus hijos para que acometieran sin pérdida de tiempo sus tareas.

Abigail, que raramente se tomaba un descanso desde el amanecer hasta la noche, estaba sentada en una silla con el asiento de paja, mirando una hoja de papel desdoblada sobre la mesa de la cocina.

Levantó la cabeza al escuchar la llegada de su hija.

—Pasa algo muy extraño, Ranny, y no sé qué hacer al respecto. Tengo que hablar con tu padre para que tomemos juntos una decisión.

Miranda siguió la mirada de su madre y se fijó en el papel que había sobre la mesa.

—Es una carta, ¿verdad? —dijo en voz alta, con vivo y creciente interés. A la granja Wells no llegaban ni tres cartas al año—. ¿Puedo leerla?

—Supongo que sí —contestó Abigail—. Pero primero cambia a la niña, después amasa el pan mientras le doy de mamar. El tiempo siempre es escaso y no puede malgastarse.

La chica dirigió una mirada anhelante hacia la misteriosa carta, pero hizo lo que se le había ordenado. Mientras tanto, Abigail no paró de trajar por la cocina, cortando lonchas de tocino con golpes secos y precisos y azuzando el fuego del horno en el que se iba a cocer el pan. Finalmente, se desabotonó el corpiño, agarró a la hambrienta niña y se sentó en la silla, baja y cómoda, en la que siempre le daba el pecho.

Una vez colocada la masa para hornear, Miranda agarró la carta. Primero examinó el sobre. El papel, grueso y suave, no le resultó familiar en absoluto, tampoco la letra, redonda y casi ilegible, sin ninguno de los historiados adornos para embellecer las mayúsculas que ella aprendió a hacer a duras penas en la academia. Allí, en el sobre, estaba la dirección:

*A la atención de la señora Abigail Wells  
Calle Stanwich  
Horseneck (o Greenwich)  
Connecticut*

El matasellos decía simplemente: «Hudson, Nueva York», lo cual no le aclaró nada en absoluto a Miranda, que nunca había oído hablar de semejante lugar. Pero al dejar el sobre y sostener la carta entre sus manos le invadió una oleada de entusiasmo. Tuvo la intuición de que ese trozo de papel le iba a cambiar la vida y, aunque dicha intuición le resultaba placentera, también le produjo cierta aprensión. Leyó con impaciencia.

*Dragonwyck, 19 de mayo de 1844*

*Querida prima Abigail:*

*Aunque no nos conocemos, como sin duda sabe, somos parientes, pues teníamos una abuela común, Annetje Gaansevant.*

*Tras hablar sobre el asunto a fondo, mi esposa y yo hemos tomado la decisión de invitar a una de sus hijas a nuestra casa para una estancia prolongada. Naturalmente, estamos en condiciones de ofrecerle muchas ventajas, de las que muy posiblemente no podría disfrutar en su situación actual. A cambio, y si le apetece, podría dar clases de vez en cuando a nuestra hija de seis años, Katrine, aunque, por supuesto, siempre sería tratada como una pariente, en ningún caso como sirvienta ni institutriz.*

*He realizado averiguaciones y he tenido el placer de comprobar que tanto usted como su marido gozan del respeto y el aprecio de su pequeña comunidad vecinal. Le ruego que sea tan amable de informarme, tan pronto como sea posible, de cuál de sus hijas ha elegido, y yo me encargaré de todos los preparativos para su viaje a Dragonwyck.*

*Créame, señora, que se trata de una gran oportunidad.  
Sinceramente, se despide de usted su primo y amigo.*

*Respetuosamente suyo,  
Nicholas Van Ryn*



Miranda leyó la carta dos veces y, asombrada, se volvió hacia su madre.

—Madre, no tengo la menor idea de lo que significa esto. ¿Quién es ese tal Nicholas Van Ryn?

—Pues creo que se trata de un personaje muy importante —contestó Abigail con una media sonrisa—. Posee una gran mansión al lado del río Hudson, no muy lejos de Albany.

—¿Y es su primo? —insistió Miranda, todavía más sorprendida.

—Eso parece —replicó secamente Abigail—. Recuerdo que mi madre me habló alguna vez de los Van Ryn, aunque dejé de pensar en ellos hace muchos años. Tráeme la Biblia Patterson.

Miranda se acercó rauda a la estantería en la que su padre guardaba su voluminosa Biblia.

—No, hija, esa no. —La detuvo Abigail—. Esa no tiene ninguna anotación mía. Me refiero a la que me traje al casarme con tu padre. Está en el ático, al lado del mosquete de tu abuelo y el cuerno de pólvora.

Cuando Miranda bajó el enorme volumen de cantos dorados, ambas se pusieron a revisar las notas que había entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

La cosa estaba bastante clara. Annetje Gaansevant, del condado de Rensselaer, en Nueva York, se casó en 1779 con Adriaen Van Ryn, dueño de la hacienda Van Ryn, y le dio un hijo, de nombre Cornelius, que debía de ser el padre de Nicholas. Después, tras la muerte de Adriaen Van Ryn, Annetje se casó de nuevo con un norteamericano de Connecticut, de apellido Patterson, y tuvieron un montón de hijos. La mayor había sido la madre de Abigail.

—Así que la abuela del tal Nicholas fue también mi bisabuela —concluyó Miranda—. No podía imaginarme que tuviera unos parientes tan importantes. —Se miró las manos, que eran muy pequeñas. Siempre había pensado que tenían algo de aristócrata, y le agradaba poder confirmar sus suposiciones, al menos en cierto modo.

—No llevas ni una gota de la sangre de los Van Ryn —gruñó Abigail—. Así que no tienes por qué pavonearte, ni siquiera un poco. Solo hay conexión a través de los Gaansevant, que eran granjeros holandeses, exactamente igual que nosotros. Y mejor que sea así, los Van Ryn siempre han sido raros y un tanto salvajes, así que, pese a su dinero, sus tierras y sus elegantes maneras me temo que guardan bastantes secretos inconfesables en el arcón.

—¿De verdad, madre? ¡Qué increíblemente romántico! —exclamó Miranda, a quien le brillaban intensamente los ojos, que eran del color de la avellana—. ¡Cuéntame más cosas, por favor!

Abigail cambió de brazo para sostener al bebé.

—Seguro que sabes algo más sobre ese tal Nicholas, que es quien firma la carta. Supongo que será un hombre mayor. Es una pena que su nombre no aparezca en las notas de tu Biblia.

—Bueno, supongo que es de mediana edad —dijo Abigail—. Más o menos como yo. Y no sé nada sobre él, salvo que es el dueño de toda la hacienda, enorme al parecer, y que hace cuatro años, siendo presidente Van Buren, visitaba la Casa Blanca con bastante asiduidad. De eso me enteré por los periódicos.

—¡Oh, madre! —balbuceó Miranda, que casi había perdido el aliento—. ¡Qué persona tan importante! —Pensó durante un momento en lo que le había contado su madre—. Pero no has dicho nada acerca de la carta. De su invitación, quiero decir. ¡No sabe lo feliz que me haría aceptarla! —exclamó, al tiempo que aplaudía con un gesto inusualmente infantil para su edad.

—Ya, pero en el caso de que aceptáramos enviar a una hija, lo cual no me parece probable, ¿por qué tendría que tratarse de usted, señorita? —preguntó Abigail, torciendo ligeramente los labios en una mueca burlesca—. ¿Por qué no podríamos enviar a Tibby?

Miranda frunció el ceño. Tabitha tenía solo dieciséis años, y estaba en la academia, terminando el último curso. En realidad, no había ningún motivo para que no pudiera ser la elegida, salvo por el hecho de que Miranda no podría soportarlo.

—A Tibby no le apetecería ir —contestó, intentando hablar despacio y con tranquilidad—. No es como yo. Ella no quiere... —Se interrumpió. No podía explicar, sin meterse en problemas, que a Tabitha no le gustaba leer novelas románticas ni suspiraba por un gran amor, por cambiar su modo de vida, por vivir aventuras. Es decir, lo contrario a ella. Tibby realmente disfrutaba cocinando, lavando y ocupándose de las tareas caseras, su aspiración en la vida era establecerse en la granja vecina, tras casarse con el joven Obadiah Brown, seguramente para tener un montón de niños lo antes posible. Ella era diferente. En verdad lo era, pensó Miranda con pasión.

Abigail observaba a su hija, parecía que podía leerle el pensamiento, se dibujaba en su expresión. Aunque no lo admitiera jamás, su hija mayor era

la preferida de su corazón. Disfrutaba secretamente de su belleza delicada y frágil, incluso de su forma de comportarse, refinada y distinta a lo habitual. En su opinión, era muy semejante a las criaturas exquisitas que aparecían en *El libro para damas* de Godey: figura grácil y ligera, nariz pequeña y labios llenos y expresivos. Fingía no darse cuenta de con qué afán se protegía de la luz del sol, para que esta no afectara a la blancura ligeramente rosada de su piel, exactamente igual que lo haría una dama de la alta sociedad neoyorquina. Y también entendía los inquietos sueños de la joven respecto a su futuro. Abigail también los había tenido en su momento, antes de casarse con el siempre responsable Ephraim, tras lo cual su vida se convirtió en un inacabable y monótono trasiego de trabajo y cuidado de niños.

—Bueno, pues siguiendo tu tónica habitual de falta de reflexión antes de hablar, voy a completar tu frase: tú si quieres ir —dijo con agudeza—. No te paras a pensar si estoy en condiciones de prescindir de ti ni en lo mucho que podrías echar de menos a tu familia viviendo tan lejos.

Algo afligida por las palabras de su madre, Miranda miró hacia arriba. Cruzó rápidamente la habitación y agarró a su madre por los estrechos hombros, apoyando la mejilla sobre su pelo castaño, que ya empezaba a mostrar algún que otro mechón grisáceo.

—¡Oh, querida madre, por supuesto que os echaría de menos! Lo que pasa es que... parece ser una magnífica oportunidad, casi imposible de que se repita.

Abigail sonrió con cierto desaliento, y Miranda tuvo muy claro en ese mismo momento que, independientemente de que a ella se le permitiera o no aceptar la invitación de Dragonwyck, Tabitha no iría en ningún caso.

Su madre se irguió, se abrochó el corpiño y colocó a la niña, ahora saciada y dormida, en la cuna. Agarró la piedra de arenisca y la pasó por la superficie de madera de roble de la mesa para limpiar y alisar una zona manchada.

—Vamos a dejar de hablar de este asunto por ahora. Date prisa y mata al pollo blanco pequeño. Los demás están creciendo bien, ese nos servirá. —Miró al reloj de pared Seth Thomas del que tan orgullosa se sentía—. Llevamos mucho trabajo atrasado. Los hombres van a llegar de trabajar antes de que la cena este siquiera a medio preparar.

Después de la cena y dado que la noche de mayo era muy cálida y agradable, la familia se reunió en el salón para la lectura de las Sagradas Escrituras y las oraciones correspondientes.

Como siempre, Ephraim se sentó en el sillón Windsor, cerca de la mesa central de madera de cerezo. Tenía la Biblia ante él y el dedo índice estirado y listo para seguir los renglones. No le temblaba ni un pelo de la barba, esperaba sin mover los ojos a que todos estuvieran quietos y prestando la debida y respetuosa atención. No faltaba nadie, como siempre: su esposa y sus cinco hijos mayores, todos sentados en sillas rígidas, formando una línea recta casi perfecta. Solo el bebé, que no paraba de hacer ruiditos en la cuna, junto al fuego de la cocina, estaba exenta de asistir a la reunión familiar.

Junto a Abigail se sentaba Tom, el mayor. Era serio y responsable y, pese a que solo tenía veinte años recién cumplidos, parecía un doble de su padre, al que admiraba profundamente.

Seth y Nathaniel, los otros dos chicos, tenían catorce y doce años respectivamente, y dirigían miradas de anhelo a la ventana, preguntándose si, tras el rezo familiar, aún habría luz suficiente para jugar un rato con los hermanos Reynolds. De todas maneras, tenían muy claro que no debían moverse. Hacerlo ya les había costado más de un golpe con la vara de madera.

En el otro extremo de la fila, al lado de Martha, se sentaba Tabitha. Tenía las manos juntas y recogidas en el regazo, y la expresión de la cara, rolliza y pecosa, era adecuadamente piadosa.

Miranda era la única que no podía concentrarse. Sabía que Ephraim ya había leído la sorprendente carta, pero también era consciente de que no se hablaría de ella hasta la conclusión del rezo familiar.

Llevaba quince años asistiendo a esta ceremonia diaria, desde que tenía tres, y calculaba que ya había escuchado todos y cada uno de los pasajes del libro sagrado unas seis veces como poco y, a pesar de que Ephraim leía muy bien, entonando adecuadamente las frases y poniendo el énfasis necesario en las palabras, hacía ya bastante tiempo que había conseguido perfeccionar un método para seguir sus propios pensamientos, de los que solo se apartaba para decir junto a los demás el consabido «amén» cada vez que finalizaba uno de los capítulos.

Pese a todo, algunas veces se dejaba atrapar por la poesía y la intensidad de la palabra de Dios. De hecho, ciertas frases se adecuaban a lo que pensaba cuando soñaba despierta. Y eso era precisamente lo que estaba ocurriendo en aquel momento, pese a su preocupación por la carta que habían recibido desde Dragonwyck... o quizá precisamente debido a ella.

Ephraim estaba leyendo el capítulo veintiséis del Libro de Ezequiel, y ciertos versos que, en principio, no tenían por que significar nada para ella, al menos conscientemente, captaron su atención. Tenían la potencia y la capacidad de abrirse camino entre la niebla de la tierra encantada a la que la había llevado su imaginación.

—«Entonces todos los príncipes de la mar descenderán de sus sillas y... se vestirán, se sentarán sobre la tierra, y temblarán a cada momento» —decía Ephraim con voz tranquila y cadenciosa. La verdad es que no tenía demasiado sentido, pensó Miranda, pero en cierto modo las palabras eran bellas y misteriosas.

Ephraim bajó el tono, convirtiéndolo en amenazante.

—«¿Cómo percaste tú, poblada en los mares, ciudad que fue alabada, que fue fuerte en la mar, ella y sus habitantes, que inculcaban espanto en todos sus moradores?».

Se estremeció ligeramente, invadida por una extraña sensación. No se atrevió a moverse, pero sus ojos recorrieron la habitación de la casa familiar. Allí estaba la amplia chimenea, que pocas veces se encendía, con varios candelabros colocados sobre la repisa. En una de las paredes, inmaculadamente pintadas de blanco, colgaba el muestrario de bordados que en su momento realizó la abuela Fisher, y los retratos silueteados de su padre y de su madre, que se realizaron el mismo día de su boda.

Buena parte del suelo de madera de roble estaba cubierto por las alfombras de lana que Tabitha y ella misma habían tejido durante innumerables, interminables y oscuras tardes de invierno. Más allá, en la ventana que daba al oeste y por la que se podían ver los últimos y rojizos rayos del sol vespertino, se distinguía perfectamente que uno de los paneles estaba astillado a causa de un golpe con una bola de nieve lanzada hacía ya mucho años por Tom, con un evidente exceso de entusiasmo.

Todo era familiar y aburrido. ¿Qué tenía que ver aquello con «príncipes del mar, ciudades alabadas, espanto y temblores»?

—«De fino lino bordado de Egipto... de cárdeno y grana de las islas de Elisah»... —entonaba Ephraim, que hacía ya un rato había pasado al capítulo siguiente— «... de Seba y de Raama fueron tus mercaderes: con lo principal de toda especiería y toda piedra preciosa y todo oro dieron en tus ferias».

Miranda sintió un agudo anhelo. Se imaginó que la vestían de lino finamente bordado en Egipto, en una habitación de mármol, y hasta creyó

oler las exóticas especias y captar la belleza del oro y de las piedras preciosas. Volvió la vista hacia los rostros de sus padres, sus hermanos y sus hermanas, que no mostraban la más mínima emoción. ¿Cómo era posible que escucharan todo eso con tanta calma? ¡Hasta la Sagrada Biblia admitía que el mundo estaba lleno de misterio, de belleza, de maravillosos aromas y de lujo! ¿Cómo podían conformarse con ropa hecha en casa y siempre sudorosa, con el constante olor a establo y corral, y con patatas y cebollas en vez de oro y piedras preciosas? Y es que en la habitación dominaba un intenso olor a cebollas. Los chicos llevaban arrancándolas casi desde el amanecer, y los brotes, verdes y blancos, yacían pulcramente apilados en el exterior de la cocina, esperando al anochecer, momento en el que Tom los trasladaría al carro para llevarlos a los muelles de Mianus, donde embarcarían para ser transportados hasta Nueva York.

Reaccionó prácticamente al mismo tiempo que los demás y cayó de rodillas, un instante después de que su padre cerrara la Biblia y empezara a rezar.

Siempre se dirigía al Señor como si estuviera dando cuentas de sus progresos a una especie de respetado y omnipotente patrón. Repasaba las faltas y debilidades de cada uno de los miembros de la familia, incluso las suyas propias, aunque eso solo lo hacía de vez en cuando. También, de vez en cuando, hacía referencia a algún logro digno de encomio. La receptora habitual de los elogios era Tabitha, y siempre, siempre, terminaba con un ruego íntimo de guía y consuelo. Pero aquella noche añadió algo inesperado.

—Hoy, Señor, ha surgido un asunto ante el que no sé exactamente cómo actuar —dijo Ephraim—. Te rogamos que nos alejes del deslumbramiento que causa en los mortales la atracción de la carne. —En aquel momento dirigió una rápida mirada a Miranda—. Y aléjanos también de cualquier actitud de arrogancia y orgullo falso. —Esta vez su mirada se clavó en los ojos de su esposa.

Para Miranda, la situación había quedado clara como el agua. Su padre no aprobaba la propuesta de la carta. La invadió una abrumadora sensación de decepción, que no desapareció con las últimas palabras de Ephraim.

—En todo caso, Señor, se hará Tu voluntad, y lo que sea que decidas respecto a los que te servimos lo acataremos con lealtad. Bendícenos y líbranos de todo mal durante esta noche. Amén.

La voluntad de Dios solía coincidir con la de su padre, pensó Miranda acaloradamente. Durante las horas transcurridas tras leer la carta, la invitación había pasado de ser una magnífica posibilidad a convertirse en una obsesión. Ese fantástico nombre, Dragonwyck, la había hechizado. Lo repetía una y otra vez para sí misma, como si así pudiera atraerlo hacia ella y hacer realidad lo que ya era su sueño más deseado.

Ephraim se levantó por fin, y Miranda se animó ligeramente porque, al parecer, al menos se iba a hablar del asunto. Lo normal era que, tras la oración nocturna, su padre se dirigiera a su escritorio de madera de cerezo para realizar las anotaciones pertinentes en el cuaderno de contabilidad de tapas de cuero: número de fanegas de patatas recogidas en el campo del norte, cantidad de cabezas de repollo, quintales de guisantes; costes de transporte, precio de venta al por mayor en Nueva York. Ni un solo penique, ni un solo gramo escapaba a sus prolijas anotaciones. Al final, sus ojos, que tan bien veían en la distancia, solían parecer algo turbios tras el minucioso trabajo. Pero esta vez se quedó de pie junto a la mesa.

—Abby y Ranny, quedaos aquí, que tengo que hablar con vosotras. Tom, lava las cebollas y después échale un vistazo a Whiteface. Me da la impresión de que se está enfriando. Tibby, ¿crees que ese muchacho, Obadiah, va a venir a rondar por aquí otra vez esta noche?

Tabitha bajó los ojos y su redonda cara se puso roja como un tomate.

—¡Oh, padre! —dijo en un fingido tono de horror—. No tengo la más mínima idea acerca de sus planes y, en todo caso, no alcanzo a entender en qué podrían concernirme.

En los ojos de Ephraim brilló una contenida alegría.

—En todo caso, si finalmente apareciera, podéis sentaros en los escalones, de forma que tu madre pueda veros en todo momento. De todas maneras, debo decir que Ob es un chico muy formal y que tú no eres una chica voluble.

—Gracias, padre —dijo Tibby, lanzando una miradita de complacencia a su hermana bajo las espesas pestañas. Tabitha sabía perfectamente que su devoción y entrega a las tareas hogareñas complacía mucho a su padre, y que nunca le causaba ningún problema de ansiedad, todo lo contrario que Miranda.

Seth y Nat no esperaron a saber si su padre tenía alguna orden para ellos, salieron en estampida por la puerta y echaron a correr en dirección a la granja de los Reynolds.

Ephraim se volvió a sentar y, con un gesto de la mano, indicó a su esposa y a Miranda que hicieran lo mismo. Inmediatamente, sacó del bolsillo la carta de Van Ryn.

—Esta carta no me gusta nada —afirmó con gravedad—. Y, la verdad, no creo que mereciera la pena siquiera hablar de ella, si no fuera porque vosotras dos, estúpidas mujeres, ya la habéis leído, y Abby considera que es importante. —Miró a su esposa frunciendo el ceño—. Tengo muy claro que solo hay una respuesta posible a la petición.

Eran muy raras las ocasiones en las que Abigail discrepaba de la opinión de su marido, siempre acataba sus decisiones. Pero, esta vez, apretó la boca con expresión firme.

—Sí que es importante, Ephraim —afirmó—. El señor Van Ryn es primo mío y, en mi opinión, su oferta es muy generosa. Creo que sería muy bueno para Ranny tener la oportunidad de vivir durante un tiempo en una gran hacienda y aprender algo sobre el mundo que hay más allá de esta granja.

Miranda le lanzó a su madre una mirada de gratitud.

—A mí me gustaría ir, padre —dijo con tono tranquilo, pues sabía que la manifestación de las emociones siempre le molestaba.

—Tu opinión al respecto no tiene la menor importancia, señorita —gruñó—. Siempre estás ávida de conocer cosas nuevas y absurdas. Pese a tu edad, sigues sin tener el más mínimo sentido común. Solo deberías pensar en ayudar a tu madre, hasta que te casaras con alguno de tus pretendientes. Hace meses que cumpliste los dieciocho y deberías plantearte la idea de casarte. No sé qué es lo que pasa contigo. Por ejemplo, Zach Wilson sería un buen partido y está claro que le gustas. ¡Y mira cómo lo tratas! —De repente, Ephraim se puso muy colorado y dio un golpe en la mesa con la mano abierta. Miranda dio un respingo y se le cayó el alma a los pies. Sabía perfectamente qué era lo que venía a continuación.

—Te he visto y escuchado muchas veces —graznó Ephraim—, alejándote de él y alzando la nariz al aire: «¡Oh, Zach, no te acerques tanto! Hueles a establo». «¡Oye Zach, deja de tocar con la flauta esa canción tan vulgar y pueblerina! ¿Por qué no tocas una balada de amor?». ¡Puaj! No me sorprende que se haya hartado de tus maneras tan cursis y que esté cortejando a la chica de los Mead.

Miranda se removió, incómoda. El interés de Zach por ella y su negativa a que la cortejara había sido objeto de discusión y riñas durante semanas.



Nunca le había gustado Zach. Tenía el pelo áspero, naranja como una zanahoria, y unas manos regordetas; su idea de mantener un romance parecía consistir en escaramuzas que casi parecían peleas en rincones oscuros, un beso lleno de babas en la mejilla y, en una ocasión, un pellizco, que encima le dolió, en esa parte del cuerpo que, incluso para sí misma, Miranda denominaba simplemente como «la que sirve para sentarse». Lo cierto era que, si tenía que ser sincera, todos y cada uno de los hijos de sus vecinos solo despertaban en ella desagrado, lo cual le hacía sentirse culpable ante sus padres.

Para ella resultaba amargo saberse distinta de las demás. Muchas veces se había obligado a participar en los bailes de la plaza y también a montar a caballo. Ambas cosas les resultaban muy divertidas a sus amigas, así como hablar con falso desprecio de los chicos, y Miranda lo hacía para no defraudarlas, para que no la dejaran de lado.

—Por lo que se refiere a esta carta —continuó Ephraim, volviendo a retomar el asunto principal—, creo que su tono general es ofensivo. Este pariente tuyo tan distinguido, Abby, nos escribe como si considerara que está a la altura del rey de España. Me pregunto qué derecho tenía a realizar «averiguaciones» acerca de nosotros, ni por qué osa pensar que yo me sentiría muy halagado por tener la oportunidad de enviar a vivir con él durante un tiempo a una de mis hijas.

—Estoy segura de que no pretende ser arrogante, en absoluto —aclaró Abigail rápidamente—. Es tan solo que la gente de clase alta se explica de otra manera.

Miranda se dio cuenta de inmediato de que su madre había cometido un error.

—¡Ah, por supuesto! —contestó Ephraim ásperamente—. ¿Y desde cuando, señora, sabe usted cómo se explica la gente de clase alta? Y, a propósito de eso, ¿desde cuándo hay en este país «clase alta» o «nobleza» o como quieras llamarlos, si todos somos libres e iguales? Un granjero norteamericano es tan bueno, incluso yo diría que hasta mejor, que muchos de los «nobles» que viven en este país. No voy a volver a hablar de este asunto —zanjó, guardándose la carta en el bolsillo—. De hecho, voy a sentarme para contestarla.

—¡Oh, padre, por favor! —Miranda se movió rápido y agarró a Ephraim por el brazo—. Padre, escuche... —Hablaba casi sin aliento y con evidente desesperación—. Tengo el presentimiento de que... de que

debo ir. Durante la lectura de las Escrituras de esta noche, sentí algo así como un mandato, se lo aseguro. No lo sé explicar mejor porque es la primera vez que me ocurre algo parecido. Pero creo que el Señor lo quiere así. Al menos haga una prueba, padre, por favor, y mire a ver qué ocurre.

Las palabras de su hija hicieron que Ephraim se detuviera a mirar el rostro de su hija, que estaba completamente turbado.

—¿Me dices la verdad, hija? Habla con el corazón.

Miranda asintió con convencimiento. Por la mente de Ephraim pasó por un momento la idea de que la chica, que normalmente le parecía demasiado pálida y delgada para ser considerada bella, poseía en realidad un delicado encanto.

—Muy bien, puedes realizar una prueba —dijo su padre con voz más suave, y le tendió la Biblia.

Miranda soltó un suspiro de alivio. Todavía había un hilo de esperanza. La prueba del texto de la Biblia solo se utilizaba en momentos de crisis en los que el consejo del Señor era urgente y decisivo. El resultado siempre se consideraba, sin excepciones, como la voluntad real de Dios.

Puso las manos sobre el grueso volumen y rezó con fervor para que el resultado fuera el que ella deseaba. Si el Señor deseaba que fuera a Dragonwyck, sin duda, enviaría una señal. Pero, por si acaso, sin dudarlo ni por un momento, ella también haría su pequeña contribución. Y es que Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos. ¿No había dicho eso mismo Ephraim montones de veces?

Bajo la atenta mirada de Abigail y Ephraim, recordó varios pasajes del libro sagrado. Hasta que concluyó cuál era el que más le convenía. ¡Agar, por supuesto! Y no resultaría difícil dar con la página, ya que la historia de Abraham era una de las favoritas de Ephraim.

Cerró los ojos, como era obligado para realizar la prueba, abrió el libro, le echó una mirada furtiva y rápida a través de las largas pestañas y colocó la punta del dedo índice sobre un versículo. Después le devolvió la Biblia a su padre, que se aclaró la garganta y empezó a leer.

—«Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba».

Ephraim dejó de leer y miró con suspicacia a su hija, que le sostuvo la mirada con mucha calma. Después de todo, el Señor había enviado una señal.

—No se ajusta demasiado a lo que tenemos entre manos —dijo Ephraim de mala gana—, aunque sí que parece tener cierto significado. Pensaré en ello esta noche y rezaré al Señor para que me ilumine.

La esperanza anidó en el ánimo de Miranda. Sabía que, durante la noche, Abigail se las apañaría para llevar a Ephraim a la conclusión que su madre también deseaba. Además, y de momento, lo importante era que la decisiva carta de rechazo no se escribiría aquella noche.

Sintió la urgencia de salir de la casa, cuya atmósfera se había vuelto sofocante para ella, y pasear al fresco del crepúsculo. Evitó pasar por los escalones en los que Tabitha estaba sentada, charlando con Obadiah; no obstante, escuchó la risa nerviosa y aguda de su hermana y algún murmullo de coqueta protesta.

Se tumbó cuan larga era en la hierba bajo un manzano, observando el lucero del alba, que también lo era del crepúsculo. Y se quedó allí quieta, mirando el cielo y pensando en viajar a lugares lejanos. A Nueva York, por ejemplo. Se imaginaba vagamente la ciudad como un lugar lleno de torres y castillos, llenos de damas con vestidos de seda y de caballeros serios y románticos. Quizá alguno de ellos se prendara de ella, aunque probablemente no se atrevería a responder a sus requerimientos. Puede que tuviera que dejar caer un pañuelo, como Esmeralda, la protagonista de *La rosa abandonada*, que hizo que él se inclinara a recogerlo y se lo devolviera con una reverencia, de forma que la mirada que cruzaron reveló sin la más mínima duda el deseo de sus respectivas almas.

Todo lo que pensaba y sentía era confuso e informe, pero fascinante.